

JUAN ESTEBAN CONSTAÍN CROCE

Por: Revista del Rosario



© Camilo Jiménez

Constaín nació en Popayán en 1979 y “ser de Popayán es un estado del alma”, según cuenta. Se siente orgulloso de haber nacido y crecido allí, y su vínculo con todo lo que es Popayán es muy profundo a pesar de haber dejado la ciudad desde muy niño.

Revista del Rosario: ¿Cómo es Popayán?

Digamos que es una ciudad muy extraña, y curiosamente tiene mucho que ver con el Rosario porque tiene un gran apego por las tradiciones, una carga simbólica en el pasado que la determina de manera irremediable. Popayán es una ciudad muy particular, que le pertenece más a la literatura que a la historia. Está poblada por una cantidad de personajes que son inexplicables por fuera de ese contexto, y sin embargo, allí viven a sus anchas. Es una ciudad detenida en el tiempo, gobernada por fantasmas. Todo lo inverosímil en Popayán resulta completamente lógico, parece un Macondo de tierra templada porque pasan unas cosas rarísimas.

Una vez alguien echó a rodar la idea de que había un ovni y toda la ciudad se congregó en un parque. Desde el alcalde y el obispo, hasta el más humilde de los vendedores de chicles y cigarrillos llegaron a ver cómo descendía todas las noches sobre una montaña. Luego se descubrió que era una valla de publicidad metálica muy vieja, sobre la que se proyectaban las luces de los carros y se veía como un ovni. Pero lo chistoso es que salió la noticia en el periódico local.

El mito fundacional de la ciudad es que bajo uno de los árboles que están en la plaza central está enterrado El Quijote, y la gente cree en eso con devoción. Entonces, es un ambiente singular

para crecer y acercarse a una idea de la realidad en la que la frontera entre lo verdadero y lo literario está muy diluida.

¿Cuéntenos por favor sobre esos personajes inexplicables que se conocen en la ciudad?

Conocí a personajes emblemáticos de esa vieja Popayán como Álvaro Pío Valencia y Gerardo Bermeo, un señor muy sabio que era borracho y vago, pero fue el tipo más brillante que he conocido en mi vida. Pero, la ciudad además estaba llena de poetas, y de los que no lo eran pero que al llegar allí se convertían en poetas, o aquellos que vivían por fuera y se iban a Popayán porque era el único sitio en el que podían vivir dignamente. Por ejemplo, a mi juicio, el último de los grandes poetas colombianos Giovanni Quessep, vive allí desde hace treinta años.

Todo eso genera un fenómeno recurrente, es que la gente de Popayán casi no sale de la ciudad porque al hacerlo se siente extraña y pierde el centro de gravedad de su universo. Entonces, cuando la gente de Popayán sale siempre añora regresar. La gente tiene los cuadros entrañables de la ciudad en la sala de la casa. Hay mucho orgullo y eso está muy bien porque es muy merecido. Claro, también es una sociedad colonial y en esa medida algo sórdida y truculenta, tiene una cantidad de historias muy retorcidas en las que conviven por igual la grandeza y la perversión.

¿Cómo se vinculó a la Universidad del Rosario?

Llegué al Rosario, gracias a mi amigo y maestro Enrique Serrano y al decano Eduardo Barajas. Cuando llegué aquí la idea fue dar unas clases, y ver qué tesoros podía desenterrar al estudiar libros



© Andrés Ortiz



© Retoque digital: Camilo Jiménez



© Retoque digital: Camilo Jiménez

del archivo histórico que estaban en su mayoría en latín y unos pocos en griego. La directora del archivo de ese entonces, María Clara Guillén, preservaba muy bien los libros para que alguien pudiera hacer algo con ellos, porque durante los noventa fueron leídos, traducidos, investigados y reseñados por un sabio que se llamaba Eugenio Lakatos: una gran institución aquí en el Rosario, quien murió y el trabajo quedó abandonado.

¿Y cómo fue el encuentro con tan maravillosos libros?

Recuerdo que muy aleccionador para mí, aprendí muchísimo y fui descubriendo tesoros. También fue muy conmovedor ver el entusiasmo que despertaban mis hallazgos cuando los compartía con el decano Eduardo Barajas, con Enrique Serrano, con María Clara y con Luis Enrique Nieto, porque la idea siempre fue que aquí había textos médicos, jurídicos, teológicos y filosóficos, pero era un currículum muy convencional y ortodoxo. En realidad lo que encontré fue lo contrario: cosas muy especiales, muy heterodoxas. Había unos libros de jeroglíficos, de magia, de astronomía, un tesoro inagotable.

¿Y lo inolvidable?

La historia romana de Eutropio, el ejemplar que está aquí de 1511 es importantísimo. Ese libro para mí fue impactante por la edición, por el texto, por las condiciones en que estaba el ejemplar. Tenía atrás unos dibujos y también un alfabeto que parecía cirílico, como si alguien estuviera aprendiendo ruso aquí en el siglo XVII. Ese tipo de cosas que encontré son maravillosas, me acuerdo de un libro sobre las guerras de religión en la Europa del siglo XVII, tenía un plegable con una ilustración de la matanza de San Bartolomé y alguien había puesto letreros sobre los muertos y decía: “Muy bien así tienen que morir los calvinistas, los perros hugonotes”, son cosas que reflejan cómo se fue construyendo

la mentalidad colonial, barroca, católica escolástica, que fue la del Rosario durante los primeros tiempos.

A partir de esas investigaciones escribe Librorum, pero es con Los mártires que comienza su carrera como escritor. ¿Cómo es esa transición?

Hice *Librorum* con motivo de la celebración de los 350 años de fundación de la Universidad del Rosario. Pensando en la conmemoración quería hacer una cosa muy grande, pero para que el libro pudiera salir para la época de las festividades fue necesario reducir el proyecto y acabé haciendo un libro pequeño y modesto, pero muy entusiasta en el que quise exhibir, un poco, algunos de los tesoros que fui encontrando en mi trabajo en el archivo. Luego en una Semana Santa empecé a escribir unos relatos sobre escritores, como para pallear un poco con el aburrimiento, porque me había ido a Popayán y mientras se realizaban las procesiones, me puse a escribir relatos aprovechando datos curiosos de las biografías de escritores que me gustaban mucho y que había ido leyendo en esos años. Entonces, componía ficciones con aspectos anecdóticos y reales de las biografías de mis maestros.

Ese libro salió así, de un solo tirón. En ocho días escribí entre doce o trece relatos, y se los pasé a Gabriel Iriarte, el esposo de María Clara Guillén, que en ese entonces era el director de Planeta, porque él había leído *Librorum* y me mandó a preguntar si escribía otro tipo de cosas, así que en un acto de cortesía, porque no les tenía mucha fe a los relatos, le mandé cinco o seis. Él después me pidió más, me preguntó si los quería publicar, y entonces cuando tenía 24 años salió ese libro de cuentos que para mí fue maravilloso porque era una cosa que no me esperaba. Fue increíble y además fueron textos que salieron de una sentada y no los volví ni a corregir ni nada, porque prefería dejar ese tono de espontaneidad. Entonces ahí abrí

la puerta de la literatura y la ficción que resultó funcionando también.

¿Su carrera como escritor comienza como un descubrimiento?

Sí, sucedió que encontré una manera para encausar una anécdota o curiosidad cazada al vuelo que luego no podía sostener desde la perspectiva científica, por las altas exigencias teóricas e historiográficas que implica la labor del historiador. Lo que no podía incorporar en ese trabajo como historiador, lo fui acumulando y luego descubrí que con la ficción, que era lo que había usado para escribir *Los mártires*, podía contar historias. Entonces, empecé a escribir una novela que se llama *El naufragio del Imperio*, es un delirio sobre la Europa napoleónica y sobre el plan de unos criollos neogranadinos para ir a Santa Helena y secuestrar a Napoleón para traérselo a gobernar a Bogotá. Eso también lo publicó Planeta y fue mi primera novela, una experiencia de mucho aprendizaje, cuando uno escribe siempre está aprendiendo. Salió en 2007, me gustó mucho porque iba investigando e iba escribiendo, entonces me demoré alrededor de dos años componiendo la novela, y creo que ahí hay personajes que fueron entrañables para mí y a los que quise mucho. Después no la he vuelto a releer, o mejor dicho, no la he leído.

¿Después de eso vino su maestría en Historia en la Universidad de Venecia?

Sí, me fui a hacer la maestría en Venecia y estando allá se me ocurrió la idea de *¡Calcio!* Quería escribir algo sobre el fútbol y fui en verano a Florencia, y había un partido entre los Rangers de Glasgow y la Fiorentina. Toda la ciudad estaba llena de hinchas y de *hooligans* escoceses chapoteando en las fuentes renacentistas de la ciudad, parecía un cuadro medieval, y me acordé de ese deporte que se jugaba en la Toscana en el siglo XIII o

XIV: calcio. Compré un libro y ahí había una anécdota de cómo en 1530 los florentinos habían desafiado al Imperio Español, que tenía sitiada la ciudad y les había prohibido el festival, el vino, el sexo y el fútbol (calcio). Para desafiar al imperio, los florentinos jugaron fútbol, jugaron calcio. A mí se me ocurrió que un mejor desenlace para esa historia era que hubiera un partido entre España y Florencia, entonces tuve todo el tiempo la idea en la cabeza y no podía pensar en otra cosa, hasta cuando me senté a escribir. La novela salió muy rápido, porque como ya la tenía tan armada y tan pensada, me senté a escribir y fue rapidísimo.

Entonces terminó la novela, y ¿cómo se ganó el Premio Espartaco?

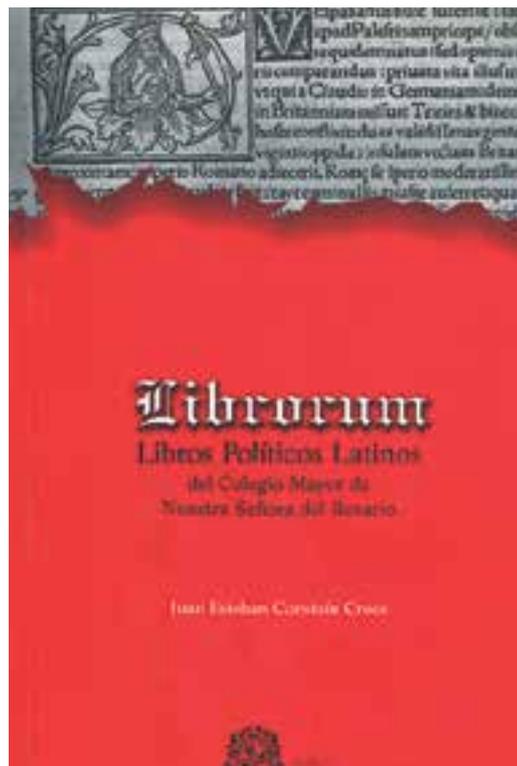
Salió la novela que es rarísima y combina cosas, en apariencia, tan distantes como el fútbol, la historia, los estudios clásicos, la erudición y el latín, porque el protagonista de la novela es un erudito que existió en la vida real, un profesor judeo-italiano que huyó del fascismo y vivió en Inglaterra sesenta años y era un genio. A él le rindo un homenaje en la novela. Entonces, salió la novela y le fue bien aquí en Colombia. Salió en Argentina y también le fue bien, y luego me escribieron de La Semana Negra de Gijón, que es un festival muy importante de España, para decirme que la novela estaba de candidata al Premio Espartaco, entonces me invitaron a La Semana Negra. Fui en julio del año pasado y estuve allá delicioso. Eso es en Asturias, en el norte de España, allá uno come y bebe a lo grande con

Joaquín Sabina. Esto para decir que es un festival importantísimo en España, pero sinceramente no tenía ninguna esperanza de ganar, porque las otras dos novelas eran muy buenas. Una que se llama *La venganza de los patriotas*, que es excelente, es sobre San Martín, y otra que se llama *Los escarpines de Kristina de Noruega* que también me parecía muy buena, además la autora era española. Lo otro es que con *El naufragio del Imperio* también había estado de candidato a ese premio y esa vez mucha

gente me dijo: “No, están hablando muy bien de tu libro, yo creo que se va a ganar el premio”. Y estuve allá en La Semana Negra en 2008 y no me lo gané.

Así que asumí la situación con una idea clara, sabiendo que el premio era ser candidato y estar allí. El día de la premiación no iba a asistir porque estaba en otro asunto, al final me bañé rapidísimo y llegué medio tarde. Ya estaban anunciando a los ganadores y cuando dijeron mi nombre no lo podía creer. Eso fue muy

importante porque para mí fue una gran alegría, pero también porque en España como el premio tiene tanto significado hubo una gran difusión. Ahora el libro salió en España con Seix Barral y le fue súper bien. Dentro de poco saldrá la versión italiana. Esa puerta que había abierto con la ficción y la literatura, que es para mí un *bobby*, empezó a dar frutos muy perdurables. Ya me planteé la posibilidad de estar con un pie en un lado y el otro en el otro, que es lo que hago un poco ahora, jugar a seguir siendo investigador y profesor. Me encanta



la historia y la investigación, quiero aprovecharme de esto para seguir componiendo ficciones.

¿Podría hablarnos de ese genio a quien le rinde homenaje en el libro?

Su nombre es Hernando Momigliano. Él dio una gran lección porque demostró que la erudición y la sabiduría son posibles sin morir en el intento, pero también sin amargura, sin envidia y sin intriga. Él fue un sabio de verdad, pero también fue un hombre inteligente, feliz y bueno. En todas las entrevistas que me hicieron a raíz del premio, en ninguna tuve la oportunidad de explicar las razones por las cuales él está allí y por qué le rindo ese homenaje. Lo hago porque para mí es un modelo, un tipo que puede alcanzar un conocimiento descomunal sobre las cosas más elevadas, pero que al mismo tiempo las hace muy accesibles a cualquiera, y demuestra que uno puede dedicarse a la academia sin sufrir y sin prejuicios tontos. Con humildad.



Sabemos que le apasiona la historia, su hobby es descubrir esos detalles históricos y crear historias fantásticas, que admira a Momigliano, que le gusta el fútbol, pero ¿hay una razón especial por la cual le guste tanto?

Me fascina el fútbol y lo juego cuando puedo, lo sigo, veo los partidos de las ligas argentina, española y colombiana. Creo que el fútbol es importante en la cultura popular contemporánea porque es un escenario en el que se revelan una cantidad de valores de la especie humana muy

profundos, que tienen que ver, por ejemplo, con la idea de la Nación. En nuestro tiempo las selecciones nacionales de fútbol son, en muchos casos, el único resumen y la única síntesis verdadera del proyecto nacional, por ejemplo. El fútbol es un escenario que revela muchos rasgos definitorios de la condición humana: la astucia, la inteligencia, la tragedia, la gloria.

El fútbol no es solo un conjunto de reglas, aunque las tiene, pero lo que encanta es que las excepciones revelan la genialidad de los jugadores. El fútbol es la manera en que el individuo logra ser excepcional, a pesar de las reglas, como en la literatura. Entonces, se parecen mucho aunque uno no lo crea. Hay esos prejuicios intelectuales de que el fútbol es el opio del pueblo y que es una cosa muy vana, pero eso no es cierto, hay grandes escritores en la historia de Occidente que han sido amantes del fútbol y han escrito sobre él. ¡Calcio! es especial porque quería fundir mis pasiones en esa novela y creo que lo hice.

Si el fútbol es la posibilidad de resumir el proyecto de Nación, ¿qué puede decir del nuestro luego de ver jugar a la Selección Colombia?

El fútbol colombiano tiene mucha astucia, pero no tiene método. Hay grandes individualidades, pero en el plano colectivo siempre hay unas fallas que hacen imposible que cualquier triunfo resulte creíble y sostenible en el tiempo. Somos muy altivos y soberbios ante ciertos rivales, y muy apocados frente a otros. Digamos que como

siempre ocurre con Colombia, somos capaces de unas hazañas y unas proezas inconcebibles, como el 5-0 contra Argentina, el 1-1 contra Alemania en el mundial del noventa. Pero luego, un partido en el que tenemos todos los vientos a nuestro favor para ganar fácilmente lo perdemos y fracasamos. Después, todo lo que va asociado al fútbol colombiano: la estridencia de los uniformes, la manera en que replicamos el fervor de las barras bravas y de la hinchada de otros países que no tienen nada que ver con nosotros.

Creo que la Selección Colombia es un espejo perfecto de lo que somos los colombianos.

¿Y qué opina de la nueva selección y el técnico de cara a las eliminatorias al mundial?

Ahora tenemos un buen técnico y digamos que hay una buena cosecha de nuevos jugadores en los que vale la pena albergar esperanzas y optimismo moderado sin caer en el típico triunfalismo nuestro. Luego del partido contra Perú, decían que jugamos muy mal. Si ganamos y el fútbol se trata en últimas de ganar, y Colombia no va a jugar distinto, lo importante es que gane. Pero bueno, entiendo un poco la decepción, yo fui un beneficiario de esa generación gloriosa del fútbol colombiano en los ochenta y los noventa con la selección inolvidable del Pibe, del Tino, de Rincón; y después de que se acabó eso siempre me sentía muy triste y vacío por no encontrar referentes en el fútbol colombiano para sentir lo que sentía en esos años, cuando salían esos tipos a la cancha y uno sabía que de

pronto perdían o lo que fuera, pero iban a jugar bien. Había presencia y una cantidad de cosas.

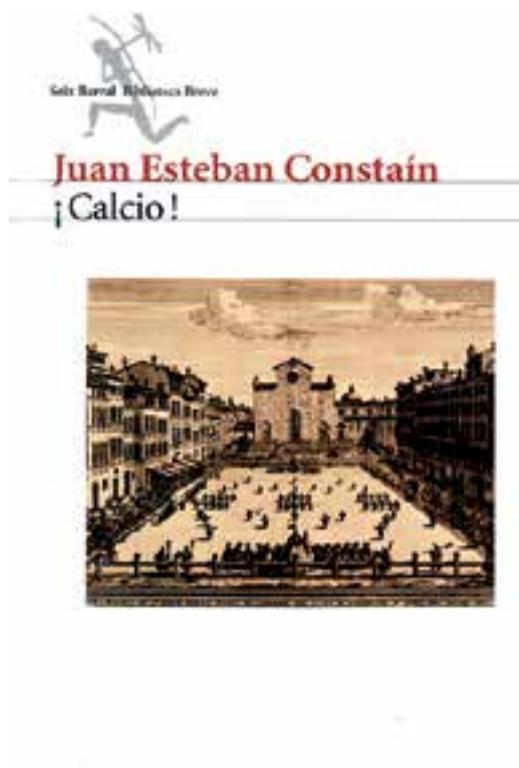
Ahora estamos tratando de encontrar algo parecido, pero esos nuevos jugadores han ido a otras partes y se han impregnado de unos hábitos que les hacen mucho bien, por ejemplo, se han acostumbrado a ganar sin avergonzarse. En el fútbol colombiano la victoria tenía una condición vergonzante y por eso es que nuestras victorias eran así, como alocadas e inexplicables: ganar

5-0, pero ahí mismo deshacer el país porque no tenía sentido. Ahora ya tenemos una nueva generación, que creo va a funcionar bien para lo que ha sido Colombia en la tradición del fútbol suramericano, un equipo difícil y meritorio. No es Brasil, no es Uruguay y no es Argentina, eso sí hay que tenerlo clarísimo, porque también gracias a lo que cosechamos con el Pibe y compañía nos creímos el cuento de que éramos una potencia y unos genios, y resulta que no. Resulta que fuimos siempre un equipo de cuidado, pero no un

protagonista de los clásicos del continente.

Otro asunto que le apasiona es dictar clase. ¿Por qué le apasiona tanto y cómo es dictar clase en un medio invadido por las tecnologías de la información?

Siempre es una experiencia maravillosa, dar clase es una oportunidad y un privilegio. Se aprende mucho pero claro, yo he visto la evolución del alumnado a partir de su relación con los dispositivos tecnológicos para comunicarse,



ahora ellos están en un mundo en el que el profesor, la cátedra y la universidad tienen que contextualizar muy bien toda la información y el conocimiento que les llegue por esa vía. Antes la fuente del conocimiento estaba en la cátedra, en la universidad y en el profesor, pero ahora ellos ya tienen ese conocimiento en las manos y el profesor está allí para recrear ese universo virtual que les entra por el teléfono, y para contextualizar los caudales infinitos de información por los que ellos van nadando de forma inconsciente. Creo que son mucho más relajados, más tranquilos, tienen menos prejuicios. Es una generación que ha superado una cantidad de taras que tuvo la mía, por ejemplo. Entonces, es una experiencia muy grata pero también hay que saber que es una generación para la que los libros de papel son objetos arqueológicos, entonces pretender que ellos accedan a una idea de la cultura que es cada vez más anacrónica es muy difícil. El error y el problema no están en ellos, sino en los profesores y en la academia que tienen que acomodarse para sacar de esa gente académicos y profesionales rigurosos, dignos y respetables.

Otra experiencia interesante que tuvo hace poco fue como jurado en la ronda final de evaluación de la quinta versión del Concurso Nacional de Cuento. ¿Cómo fue esa experiencia? ¿Qué se encontró?

Fue una experiencia muy bonita y aleccionadora también. Hay que tener en cuenta que a uno como jurado le llegan textos de cuatro categorías diferentes, y entonces hay que tener la sensibilidad y la sensatez suficientes para reconocer qué se debe premiar y rescatar en cada momento. Aprendí muchísimo porque la gente quiere contar muchas cosas y aquí hay mucho talento, y sobre todo muchas ganas de utilizar la literatura como una especie de paliativo para los problemas de la sociedad. La verdad fue una experiencia muy grata. Luego conocí a los ganadores en el Hay Festival, y eso es divino porque es una gente lindísima,

emocionadísimos, muchos van con sus papás, o digamos es gente que tiene unas condiciones de vida muy difíciles y que igual saca tiempo para sentarse a escribir un relato y mandarlo a un concurso, entonces ese premio es muy merecido. Me divertí mucho y, en últimas, coincidí con los otros miembros del jurado en las escogencias, lo que quiere decir que sí hay una especie de valores objetivos que uno puede ver en esos intentos literarios y narrativos que son muy interesantes.

Actualmente es estudiante del doctorado en Historia del Mediterráneo en la Universidad de Venecia y está preparando una antología de los ensayistas latinos de la Antigüedad Tardía, es decir, que sigue siendo estudiante y sigue escribiendo. ¿Qué les podría recomendar a los jóvenes estudiantes de la universidad, que serán nuevamente evaluadores de cuentos en el concurso, para asumir la lectura de estos textos?

Que no haya dogmatismo. Hay casos en los que se tiene que reconocer el talento y el ingenio por encima de obsesiones formalistas, entonces no ser dogmático funciona mucho, porque personalmente los cuentos que más me gustaron fueron los de los niños, es donde más talento e ingenio vi. También donde se puede juzgar con menos rigor, porque un texto que manda un profesor universitario tendría que ser bastante bueno, por lo menos desde el punto de vista formal, y en muchos casos eso no se cumple, y tampoco hay mucha creatividad en los argumentos, en cambio lo de los niños me pareció espectacular.

¿Hay un mensaje para los estudiantes en general, una recomendación con la que quisiera que se quedaran?

Sí, que amen el conocimiento, que recuerden que es una fuente de felicidad como decía Hernando Momigliano, que aprovechen el privilegio de estar en la universidad y que disfruten. Nadie puede triunfar cuando sufre haciendo algo, la única clave del éxito, conocida hasta ahora, es que se disfrute y se ame lo que se hace. 📖